

Los enredos de la adolescencia

Mario Izcovich

Psicólogo, miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis

Resumen

Los enredos de la adolescencia

En este artículo me propongo esbozar algunas ideas acerca de la adolescencia en su relación con ciertas vicisitudes generadas por la pandemia de la COVID 19, así como el lugar de la escuela como el espacio privilegiado para acoger a los jóvenes durante este período de tiempo y más allá.

A los efectos de este artículo me centraré en el tiempo que va desde el fin de la pubertad hasta el final de la escolaridad del nivel de secundaria incluyendo Bachillerato y Grados Medios.

Analizaremos algunos de los efectos que produjo la pandemia, así como la respuesta de no pocos adolescentes a la presencia de la muerte y a las restricciones que han operado como una ley reguladora (en un sentido simbólico) En muchos casos produciendo un retraimiento mortífero (falta de deseo), comparable con el fenómeno hikikomori en Japón.

Finalmente, como la escuela pensada desde otra perspectiva a la meramente burocrática juega o más bien puede jugar un papel central para los adolescentes, especialmente en el encuentro del adolescente con un educador. Si la pandemia introdujo nuevos funcionamientos en la escuela en el nivel de lo digital, esta puede ser una oportunidad para repensar su función a la vista de los cambios operados en los últimos 30 años que probablemente la pandemia como acontecimiento vino a cristalizar.

Palabras clave: Adolescencia. Pandemia. Hikikomori. Digital. Escuela.

Abstract

The teenager's entanglements

In this article, I propose to outline some ideas about the adolescence in its relationship with certain vicissitudes generated by the COVID 19 pandemic, as well as the role of the school as a privileged tool to provide a proper place to the teens during this period of time and beyond.

For the purposes of this article, I will focus on the period that goes from the end of puberty to the end of schooling at the secondary level including Baccalaureate and Middle Grades.

We will analyze some of the effects that the pandemic produced, as well as the response of many teens to the presence of death and the restrictions that have operated as a regulatory law (in a symbolic sense) In many cases producing a deadly withdrawal (lack of desire), comparable to the hikikomori phenomenon in Japan.

Finally, as the school thought from another perspective to the merely bureaucratic one, it plays or rather can play a central role for adolescents, especially in the adolescent's encounter with an educator. If the pandemic introduced new perspectives in the school at the digital level, this may be an opportunity to rethink its function in view of the changes that have occurred in the last 30 years that the pandemic as an event has probably crystallized.

Keywords: Adolescence. Pandemic. Hikikomori. Digital. School.

Introducción

Hablar de los efectos de la pandemia de la COVID 19 en los adolescentes nos plantea no pocas dificultades, ya que las consecuencias de la pandemia en general, están aún por ser examinadas, es temprano. Hace falta tiempo y perspectiva para poder tener una

mirada clara. Sin embargo, se pueden avanzar algunas hipótesis, especialmente en lo que se refiere a los efectos subjetivos.

La adolescencia es el tiempo posterior a la pubertad, tiempo que entre otras cosas supone la elaboración simbólica de los cambios biológicos, una construcción, un artificio significativo (Miller 2016) Sin una fecha de terminación precisa, de hecho, cada vez se extiende más en el tiempo, el final de esta etapa supone que un joven define su lugar en el mundo, en relación con su identidad o posición sexual, y a su relación con los otros (trabajo, familia).

Después de más de un año en el que el mundo vive afectado por la pandemia, vemos que para los adolescentes es difícil encontrar su lugar. Sin duda, siempre lo es. Pero el momento actual tiene sus rasgos particulares. Entre otras razones, constatamos que quienes gobiernan en las distintas administraciones, así como los medios de comunicación, no han pensado en los adolescentes como un colectivo al que dirigirse. No es un dato menor y eso nos da una pista del lugar que ocupan los jóvenes en nuestra sociedad.

Ciertamente no ha habido muchos espacios que se hayan creado para que los jóvenes puedan tratar su malestar. Los adultos están muy ocupados en ellos mismos.

Efecto de la cuarentena y de las restricciones los jóvenes redujeron de forma importante los encuentros con sus pares. Esto incluye los encuentros sociales, fiestas, salidas y también los posibles primeros escarceos sexuales. La crisis abocó a la mayoría de los adolescentes a recluirse en sí mismos.

Reducir los encuentros no significa que muchos adolescentes no se sigan reuniendo. Sin embargo, por lo que escuchamos de muchos jóvenes, estos ocurren bajo cierto manto de culpabilidad, ya que los adolescentes pueden contagiarse y contagiar.

Aunque el índice de hospitalización y muertes de esta franja etaria es más bajo que otras, lo cual lleva a muchos a despreocuparse, en las franjas de sus padres y de sus abuelos el índice es mucho más alto. De manera que cualquier intercambio entre adolescentes puede conllevar serios riesgos de contagio para los mayores.

Los adolescentes están desde un principio en la diana de las críticas sobre si cumplen o no las restricciones impuestas. Sin embargo, se puede constatar que efectivamente en su gran mayoría las cumplen, lo cual nos ayuda a revisar ciertos mitos acerca de la relación de los adolescentes con la ley.

Mientras cumplen con las restricciones, la vida continúa y ellos siguen enredados con sus cosas, su sexualidad, las transformaciones de su cuerpo, el amor o su falta, la búsqueda de reconocimiento, su existencia. ¿Acaso no es otra cosa la adolescencia que el desenredarse para luego ordenarse de otra manera respecto de la propia infancia?

La idea de enredo la tomo de una referencia de Lacan (Miller 2012): “la palabra enredos connotaba, especialmente en Lacan, en su última enseñanza, la relación con lo real. Lo real enreda lo verdadero porque no se deja dominar por lo simbólico ni por lo imaginario”.

Lo real, en psicoanálisis, es aquello que no se puede simbolizar, que se impone. En la adolescencia lo real tiene que ver con los cambios y sus pulsiones durante la pubertad. Algo que sobreviene como exterior. El niño o la niña se miran en el espejo y ven a otro. En este sentido no sorprende que los efectos de este real de los cambios del cuerpo y de la sexualidad generen síntomas en muchos adolescentes. Por ello no hay soluciones fáciles ni recetas. Cada uno tramita como puede estos enredos.

A este real de la pubertad se le suma otro real: el virus de la COVID 19 que, a diferencia de otros virus, se convirtió en global y a la vez muy letal, poniendo en cuestión a la ciencia y confrontándola con su no saber.

Se trata de algo que se impuso y que trastocó los funcionamientos cotidianos de las personas. Sin duda, este real tuvo y tiene efectos, distintos en cada uno, así como en las parejas, en las familias, en las instituciones.

En consecuencia, cada persona tuvo que sobrellevar el tiempo de la Pandemia de la mejor manera posible. Nadie estaba ni está preparado para semejante crisis global. Se impuso la distancia social y las medidas higiénicas como solución estándar, pero esto si bien apunta a medidas para evitar el contagio, no son suficientes para tratar las consecuencias subjetivas.

Hubo un primer tiempo (con la primera cuarentena) muy maníaco. Todo el mundo era capaz de hacer de todo. Tiempo de aplausos a los sanitarios, de canciones, de clases de yoga, en definitiva, de mucha actividad. Sin embargo, luego se impuso la realidad del malestar. Y emergieron las dificultades, en un contexto socio económico muy complicado. Como resultado de todo ello, después de los efectos de la primera ola de la COVID, fueron muchos los adolescentes que acudieron a consultas de psicólogos y psicoanalistas.

Sin la intención de hacer ningún análisis exhaustivo, las razones por las que acudieron han sido muchas veces a consecuencia de crisis familiares durante el confinamiento, probablemente desencadenadas por actitudes disruptivas de algún miembro de la familia o también en muchos casos crisis subjetivas más silenciosas con consecuencias clínicas variadas.

Pandemia y hikikomori

La salida de la cuarentena produjo en muchos sujetos y especialmente en los adolescentes un estado de dislocación, de extrañeza. Como si se hubiera salido de un estado de hibernación. Pero la ilusión de la vuelta a la supuesta y deseada “normalidad” con el fin del confinamiento no era tal. Las restricciones seguían y el paso del tiempo generó angustia. Y muchas preguntas.

Propongo situar dos cuestiones como las centrales que afectan a los adolescentes. Por un lado, las restricciones y por otro la presencia de la muerte.

La salida de la adolescencia supone para el joven pasar de un espacio cerrado, la infancia, el llamado marco endogámico (su familia, la escuela primaria, su barrio), a confrontarse y encontrarse con un gran abanico de posibilidades de elección, lo exogámico (partenaires, estudios, hobbies, vocaciones, etc.), sin embargo, es tal la cantidad de opciones que es muy difícil comprometerse. Se prueba un poco todo, pero a la vez no se elige nada (La Sagna 2009)

Elegir, escoger, optar, no es para nada fácil. Las elecciones, vienen determinadas por una gran cantidad de factores, que incluyen las vivencias infantiles, los condicionamientos e ideales familiares, las circunstancias del presente. En cualquier caso, elegir supone renunciar a algo, es inevitable. Algo se pierde.

La época pre-pandemia era la del “*impossible is nothing*”[1]. Esta frase se convirtió en una de las divisas de la cultura neoliberal en la que vivimos. Este ideal conllevaba la ilusión de que se podía escoger sin pérdida alguna, sin renuncia. La sociedad animaba a eso. Nos encontrábamos así con jóvenes con poca tolerancia a la frustración.

Convertirse en un sujeto deseante como consecuencia del paso por la adolescencia puede verse complicado si al joven se le ofrece todo. Se convierte a los adolescentes en sujetos bulímicos, a los que se les da de comer aun cuando no lo piden. Para poder constituir el deseo humano se hace necesario que algo falte (Freud 1981) Deseo que servirá de motor en la vida del adolescente cuando sea adulto.

En eso estábamos, cuando la pandemia, como si fuera un tsunami, lo tapó todo. Y puso a las personas en cierto estado de suspensión.

Tal como ya lo señalamos, la gran mayoría de los adolescentes asumieron con responsabilidad el confinamiento y lo que siguió. Pensamos en que fue así por tres razones que estaban ligadas:

1. Se asumieron las restricciones como se acepta una ley simbólica (Lévi-Strauss, 1985) Esa era la forma de tratar ese real y la solución era una norma que está por encima de todos y dirigida a todos, aunque hubiera gente que la haya transgredido. La universalidad de una norma la convierte en un límite simbólico. Es decir, que no se trata de una norma caprichosa o autoritaria de alguien determinado, un porque si. A pesar de cierta opinión popular en contra, los adolescentes durante el primer confinamiento mayoritariamente asumieron las restricciones, tal como lo señaló María Teresa Pérez, directora de INJUVE[2].
2. Son muchos los adolescentes que suelen tener cierta posición de negación ante la muerte y esto los lleva a conductas de riesgo, pasajes al acto. Sin embargo, en este caso lo real de la muerte se hizo muy presente, a través de familiares, amigos, T.V., etc. Y las restricciones aparecen como la mejor forma de evitarla
3. El tratamiento del virus siguiendo las pautas de los gobiernos introdujo claramente algo de la responsabilidad subjetiva. Esto cobró forma en lo que se llama: la intromisión del adulto en el niño (Miller 2016) Una anticipación de la

posición adulta en el niño. El adolescente asume una responsabilidad de adulto, la de no contagiarse para no contagiar a su familia.

De manera que, para muchos adolescentes, cuando de lo que se trata es de vivir el tiempo de salir al “afuera”, esto los trastocó y los obligó a confinarse, a establecer normas de “distanciamiento social”.

La pandemia favoreció la reclusión física, pero se hizo patente otro tipo de aislamiento, similar al fenómeno de los *hikikomori* en Japón.

Se trata de un movimiento (no orgánico) de personas que se recluyen por decisión propia. Adolescentes (aunque también hay adultos) que renuncian total o parcialmente a cualquier intercambio social físico. Se calcula que en Japón hay más de 500 mil personas que practican este retiro social, pero muchos expertos creen que la cifra total es mucho más alta, pues a veces tardan años en pedir ayuda.

Este fenómeno sólo supone renunciar al encuentro social (presencial), sin embargo, no es comparable con los eremitas o ermitaños para los que se trata de una vida ascética, como resulta, por ejemplo, ser la vida en los claustros.

Como lo señala Rodrigo de Vivero (2020): “Un fenómeno extraño e inexplicable que parece propio de un mundo distópico. Algunos se preguntan si no será, como ocurre a veces con Japón, prefiguración de por dónde habrán de ir las cosas en nuestro mundo occidental”.

Nos preguntamos si esta auto reclusión forzosa que aparentemente tiene connotaciones ideológicas no esconde una terrible falta de deseo, un desinterés por las cosas y por el mundo, segregándose de los otros. Hablamos de jóvenes “silenciosos” a su manera, de los que se sabe poco

La pandemia, con las restricciones como respuesta, separa los cuerpos. No permite el encuentro y esto tiene consecuencias. Constatamos que hay jóvenes que no sólo se han recluso, obligados por la situación, sino que se han ensimismado casi como los *hikikomori*.

Lo que escuchamos de muchos adolescentes es que se han acomodado a esta situación. En general utilizando argumentos higienistas acerca de la distancia social. Así las restricciones y la cuarentena reforzaron el síntoma de muchos, que no es otra cosa que la dificultad de separarse de su espacio endogámico y de poder hacer lazo con otros, convirtiéndose en sujetos deseantes.

Hay algo del encuentro de los cuerpos, efecto de la sexualidad adolescente, que resulta problemático. Esto los lleva muchas veces a evitar socializar. Y la pandemia como lo vimos favoreció este encierro.

Claramente estos adolescentes se alejan de la caricatura de los mal llamados “conductuales”, de aquellos que se asocian con la transgresión de la ley poniendo el acento en lo disruptivo.

Zoom, whatsapp, pornografía y videojuegos

En los tiempos anteriores al COVID 19 la vida cotidiana de los adolescentes pasaba por ir a clase, reunirse con compañeros, estudiar, hacer trabajos en grupo, practicar algún deporte, salir, en definitiva, cumplir con actividades y horarios. Muchas de estas actividades eran vividas como demandas que les llegaban del Otro (sea este la figura que sea) Se trataba de responder o no a estas demandas.

En cambio, la vida cotidiana durante la pandemia pasó a funcionar de otra manera.

Nos encontramos con jóvenes que al no sentirse forzados a salir por las demandas “sociales” han encontrado un funcionamiento que podríamos llamar autoerótico. Que sucede en la soledad de su cuarto y frente a un ordenador.

Durante el primer confinamiento, en colaboración con el Instituto de la Infancia de Barcelona promovimos encuentros grupales online y gratuitos para padres y madres de adolescentes, para hablar de las dificultades que se les presentaban con relación a sus hijos. Creamos un espacio de conversación en el que participó mucha gente. Los grupos no podían tener más de 15 personas para favorecer el intercambio y realizamos varias sesiones.

Una de las cuestiones que aparecían con más énfasis en cada reunión es que los padres eran más tolerantes con sus hijos con el tiempo en general, con las rutinas, pero especialmente con el uso de las pantallas. Se trataba de evitar posibles conflictos, tener a los adolescentes ocupados y soportar la situación como fuera posible.

De manera que, para muchos de estos jóvenes durante el confinamiento, la forma de conectarse con el exterior se limitó a internet, no había otra opción. Sin embargo, luego del confinamiento esto siguió en muchos casos.

Frente a la pantalla el tiempo del trabajo y del ocio se mezclan. La paradoja es que aparentemente el joven puede estar conectado todo el día con el exterior, pero en realidad está absorto en sus propios pensamientos, desconectado del mundo. Esto incluye una rutina que puede pasar por los videojuegos, conversaciones en WhatsApp, Skype, ver pornografía, ver videos de todo tipo, visitar las redes sociales, etc.

Exterior e interior se mezclan. Mientras el tiempo pasa y no hay nada que resulte significativa.

A primera vista, da la sensación de que se trata de una renuncia, de desinterés, sin embargo, más bien pensamos que esta desconexión del Otro apunta a la respuesta al superyó en la búsqueda de un goce, de manera que no sea interrumpido por los otros. Como lo señala Lacan (1971) “lo que dice el superyó es ¡Goza!”, se trata de un imperativo.

¿A qué se refiere Lacan cuando habla del goce? Recupera el concepto de satisfacción de Freud y va más allá. Freud hablaba de que el síntoma tiene un beneficio secundario.

Una forma de placer en el sufrimiento. Algo a lo cual el sujeto se ve forzado a no dejar de repetir. Esto explica que los síntomas en cierta forma son funcionales al sujeto y que no se trata de la voluntad de dejar de hacer algo. Así goce y repetición son claves para entender las conductas humanas. Hay un empuje inconsciente a repetir algo a lo que el sujeto sin querer se ve abocado, y en ello hay un beneficio para el sujeto.

Podemos pensar que esta cuestión se juega particularmente en la adolescencia. Se da la paradoja que el adolescente sale en busca, como ya lo señalamos, de objetos externos, a la vez que es el tiempo de construir su subjetividad. Y el goce, siguiendo a Lacan, es paradójicamente, goce de lo más singular e íntimo de cada uno, lo que él llamo goce de lo Uno.

Precisamente la adolescencia es un tiempo centrado en este Uno. De hecho, es muy común que los padres se quejen de cierta desconexión de los hijos. Muchos adolescentes se extravían en sus pensamientos y fantasías. Hay una satisfacción en juego en ello y no pueden dejar de hacerlo.

En un tiempo de restricciones, el de la crisis de la COVID 19, los adolescentes han encontrado sus caminos. Así lo digital se convirtió en la intersección entre lo Uno y los otros, entre su mundo interior y su mundo exterior.

Lo digital favorece (Miller 2016) “una singular extensión del universo de lo posible, de mundos posibles. (...) Esta multiplicación del elemento de lo posible puede traducirse en una dilación infinita. Hay allí, en efecto, un aplazamiento hasta lo más tarde posible y, de un cierto modo, lo que todo el mundo constata, (...) es que la adolescencia misma es una procrastinación, si se me permite decirlo”.

Así lo digital, no obliga a tomar decisiones y en cierta forma devuelve la ilusión de que todo se puede. Nada falta. Esto produce un efecto de adormecimiento, que se traduce en desinterés, en desgana. Pasar horas y horas conectados ya la vez desconectados de cualquier deseo, de cualquier dificultad. En estado de suspensión, como puro observadores de una supuesta realidad.

El encierro en la habitación frente a un ordenador (a veces varias pantallas) acalla posibles síntomas. Especialmente aquellos vinculados al lazo social, al salir “afuera”, inclusive cierto tipo de actuaciones muy propias de los adolescentes. Lo digital evita pasar por las dificultades del encuentro con los otros, del encuentro de los cuerpos.

Una investigación promovida por la Universidad Abierta Interamericana (Rovner 2020) dio cuenta de cambios drásticos en la forma en que los jóvenes se han relacionado entre sí y sus cambios en los hábitos sexuales.

El final del confinamiento puso en evidencia estos efectos. Y esta ilusión de “felicidad”, de completud trastabilló. Esto explica el por que muchos adolescentes acudieron a consultas.

Pandemia y escuela

En este tránsito que el adolescente realiza al salir del ámbito familiar para encontrar su lugar en el mundo, experimenta en otros espacios. Lugares que sin duda cumplen una función y lo ayudan a separarse. Claramente el mundo de lo virtual es uno de estos lugares, pero ya vimos sus limitaciones.

Sin embargo, la escuela es el escenario privilegiado que cumple con esta función. Y la cumple más allá de los objetivos explícitos de la escuela, esté en el currículo oficial o no lo esté. Es el terreno en el que se despliegan o se inhiben los intereses, los deseos, las pulsiones de cada joven. Es el sitio donde se manifiestan muchos de los síntomas.

La escuela es lo que Winnicott (1971) definió como “espacio potencial” o “espacio transicional”: “La zona intermedia de experiencia, no discutida respecto de su pertenencia a una realidad interna o exterior (compartida), que constituye la mayor parte de la experiencia del bebé, y se conserva a lo largo de la vida en las intensas experiencias que corresponden a las artes y la religión, a la vida imaginativa y a la labor científica creadora”.

Se trata de una zona intermedia en la que el niño repite o aprende modos de relación, en definitiva, experimenta en el encuentro con otros (pares, educadores).

¿Y qué ocurrió, pues, con la escuela, este espacio tan necesario para los adolescentes, durante la pandemia?

La crisis de la COVID 19 supuso dos tiempos. El primero en el cual se evitó el contacto físico, se daban las clases online. Esto duró hasta el verano del 2020. El segundo tiempo, después del verano, supuso el desafío de incluir clases presenciales.

Al principio era evidente el rechazo a las clases presenciales, no había suficiente información acerca de la capacidad del virus de contagiar, así como maneras de evitarlo. A esto se sumó que tanto los padres como las corporaciones educativas insistieran que no estaban dadas las condiciones. Conclusión de esto fue que los adolescentes pasaron muchos meses sin salir prácticamente de casa y sin interactuar presencialmente con sus pares.

A partir de esta primera experiencia me pregunto:

¿Es posible el acto educativo si no hay presencia de los cuerpos? ¿Cuál es la función del educador y por tanto de la escuela en un funcionamiento virtual? ¿Qué se pierde sin los encuentros presenciales?

La pandemia no es portadora de todos los cambios que puedan darse en la sociedad occidental, sin embargo, ha cristalizado muchos de ellos. Asistimos a transformaciones que ya llevan años: la presencia de internet y sus consecuencias, la evolución rápida de la tecnología en todos los campos de la vida, los nuevos modelos de familia, el declive de la autoridad paterna, los debates y sus consecuencias con relación a las cuestiones de género, el consumismo masivo, la medicalización de la sociedad, etc.

Es evidente que bajo un contexto tan diferente la escuela no puede seguir funcionando como hace 30 años. Sin embargo, hay cuestiones que se siguen repitiendo, a pesar de los cambios en los modelos de educación, las nuevas pedagogías, las nuevas/viejas ideas.

Hablamos fundamentalmente de la escuela en su función de albergar a los niños y adolescentes y por tanto en su función de disciplinar (Foucault 1976) Son funciones estructurales del quehacer educativo. Podemos decir sin exagerar que están en la base de la escuela que se crea a partir del siglo XIX y que continúan en el currículo oculto hasta nuestros días.

Esta cuestión, la de quién se ocupa de los niños y los adolescentes para que los padres puedan ir al trabajo, estuvo en la base de los debates anteriores al restablecimiento de clases presenciales durante la pandemia. Se hacía necesario que los niños y adolescentes volvieran a clase.

Me pregunto si fue suficiente el debate sobre las condiciones para acoger a cada alumno, la adaptación a esta nueva realidad, ¿qué enseñar?, ¿cómo enseñarlo? ¿Qué hacer con los alumnos que no disponen de internet? ¿Qué condiciones de espacio de trabajo tanto para educadores como alumnos? ¿Qué hacer con los alumnos que se quedaron fuera del sistema por múltiples razones?

Pienso que no. Como sistema no hubo mucho lugar a hacerse estas preguntas, a debatirlas. No es algo que le interese a las administraciones.

Un director[3] de una escuela de educación especial me señalaba que la demanda que le llegaba de la administración era que los niños estén en el Centro y precisamente él hacía la diferencia, porque de lo que se trataba para él era de acoger a los niños.

En un caso, “guardar a los niños” (de guardería), se convirtió en un mero acto burocrático, en el otro, acoger con todas las consecuencias que esto implica, un acto educativo. El acoger es darle un lugar a alguien. Pensamos que acoger es fundamentalmente un acto de presencia.

Me resultó emocionante leer el artículo del Centro Carrilet (González et al. 2020): “Trabajar la permanencia del objeto durante el confinamiento. Llegar a la emoción desde lo bidimensional de una pantalla. Jugar juntos. Cantar juntos. Divertirnos y seguir riendo con ellos. Escuchar la angustia de las familias y sostenerla (tarea difícil cuando uno mismo vive en sus propias carnes la angustia de un aislamiento social). Esta ha sido una tarea difícilísima durante la etapa del confinamiento”. Este fragmento nos habla del deseo vivo de los educadores y del deseo de inventar ante la dificultad.

Nos preguntamos si la educación no es eso.

Una escuela que inventa es a la vez una escuela que puede acoger a los adolescentes y como señala Philippe Lacadée (2009), se trata de “que ofrezca un lugar vacío a partir del que el adolescente pueda encontrar su respuesta”. A veces puede convenir un silencio que despierte algo en el adolescente.

También pensamos que un lugar vacío es fecundo para que el adolescente haga preguntas. Pensamos que dar lugar a preguntas, no es otra cosa que la de formar adolescentes curiosos

Pero ese silencio, necesario, para que el adolescente haga preguntas y pueda encontrar su respuesta, sólo se da desde la presencia del educador. Dejar a los adolescentes solos frente a las pantallas conlleva riesgos. Y no me refiero a los riesgos de los que se suelen hablar de que les pase algo malo, sino al peligro de desconectarse del mundo en el que viven, de no dar lugar a sus deseos, de quedarse “dormidos”.

Esto nos lleva a la pregunta de si podemos pensar una escuela telemática ¿Y, con qué consecuencias? ¿Qué función tiene entonces la escuela?

La escuela como ya lo señalamos es un lugar que no se limita sólo a transmitir contenidos.

Propongo hablar del *Espacio Escuela* como el lugar que el adolescente necesita para formarse. Hablar de *Espacio Escuela* no supone solo un espacio físico (que también puede incluir lo digital) sino el lugar el que el adolescente se forma ya la vez en el que puede se confrontar con pares, buscar el reconocimiento, insertarse, excluirse, tener contacto con otros cuerpos, seducir y ser seducidos, crear, hablar, hacerse preguntas, despertar su curiosidad, interesarse, enfadarse, disfrutar, mirar, intercambiar, aislarse, consentir al otro, segregar, etc.

Un espacio de tal calibre depende del deseo de los educadores. En definitiva, el acto educativo se define por el lugar de los educadores. Son los educadores y su presencia quienes hacen la escuela.

Como pasa casi siempre, las soluciones particulares, ya sean de educadores (y su deseo de educar) o de determinados centros es lo que escapa a la lógica burocrática.

En ese sentido, pensamos que una escuela online no producirá otra cosa que seres desconectados. Más bien conectados con un goce sin límite. Abandonados a una errancia (Lacadée 2009), deambulando entre pantallas, videos y aplicaciones y sin dirección.

La mejor metáfora de esto, muy de actualidad, son las pantallas ocultas de la cuadrícula de Zoom. En la que el sujeto está a medias. Oye (o suponemos que oye), pero está haciendo otras cosas. Atendiendo a muchas cosas a la vez que no es otra cosa que no atender a nada.

Conclusión

Como señalaba en la introducción, aún es temprano para sacar conclusiones definitivas acerca de los efectos de la pandemia en nuestra sociedad. Históricamente, cualquier evento mundial traumático (este lo es) han tenido secuelas significativas. Por tanto, pensamos que esta pandemia no lo será menos. Seguramente tendrá consecuencias

económicas (ya las tiene) importantes, pero también en la forma de vida y la manera de relacionarnos.

Pensamos que claramente esta generación de adolescentes estará marcada por la crisis de la COVID 19. Podemos hablar de esta generación de adolescentes como los “jóvenes de la pandemia”. Esto afectará sus modos de relación, su sexualidad, su relación con los pares, su relación con la ley, su relación con el mundo del trabajo.

Una pista nos la darán las formas de consumo. La incógnita es si los adolescentes seguirán siendo “alimentados” con objetos (gadgets electrónicos, apps, programas), es decir si volveremos a la sociedad del consumo masivo de la “modernidad líquida” (Baumann 2000) o efecto de esta crisis habrá una transformación que suponga un límite a eso, un cuestionamiento a un modo de vida que suponga poner en valor otras cuestiones.

Sin duda, esta generación habrá vivido un tiempo de falta, de carencia, un tope a la sociedad del consumo generado por las restricciones. Un mensaje de que no todo se puede. Y este “no todo” puede operar como una ley simbólica que afecta por igual a todos. A los padres y a los hijos. Allí hay sin duda cierta esperanza.

La hipótesis es que esta pausa a todas luces traumática dará lugar a cosas nuevas. A la invención, a la producción de sujetos deseantes, interesados, despiertos, en definitiva, vivos.

Habrà que ver si la escuela, como institución más allá de la máquina burocrática podrá funcionar de otra manera, poder estar a la altura de un tiempo nuevo.

Y no decimos una escuela nueva. Esto iría en la serie de los ideales pedagógicos de cada época con sus nuevas leyes. Ideales que desnudan las imposibilidades estructurales.

Hablamos de escuela, de la de siempre, en la que el peso del acto educativo recae en la relación educador-adolescente. Es allí en esta relación donde se forja el aprendizaje y donde quedan las marcas de la educación en los sujetos. De manera que la presencia del educador se convierte en algo fundamental para despertar al adolescente de su letargo digital y poder acompañarlo en su camino para convertirse en un adulto autónomo.

Referencias Bibliográficas

- Foucault, M. (1976) *Vigilar y castigar*. México: Ed. Siglo XXI editores
- Freud, S. (1909) Tres ensayos para una teoría sexual. *Obras Completas*. Barcelona: Editorial Biblioteca Nueva.
- González S. et al. (2020) Retos y reflexiones acerca del alumnado con Trastorno del Espectro Autista durante el contexto de pandemia. *Revista Àmbits de psicopedagogia y educación* Nº 53 (pp 62-74)

- Izcovich, M. (2005) *Tiempo de transformación*. Madrid: Ed. Síntesis Izcovich, M.
 (2017) *Ser padres, ser madres, los desafíos de la adolescencia*. Barcelona:
 Editorial Gedisa.
- Lacan, J. (2009) Seminario 18 *De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos
 Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (1992) Seminario 20 *Aún*. Buenos Aires: Ed. Paidós
- Martin Aduriz, F. et al. (2012) *Adolescencias por venir*. Madrid: Gredos.
- Miller, J.-A. et al. (2012) *Los enredos del cuerpo*. Caracas: Editorial Pomaire
- Miller, J.-A. (2016) En dirección a la adolescencia, *El psicoanálisis N° 28*. Barcelona:
 ELP
- Palomera, V. et al. (2009) Quel avenir pour l'adolescence?, *Mental N° 23*. Francia: EFP.
- Winnicott D (1994) *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

Notas:

[1] Frase utilizada por los creativos de Adidas, tomada del boxeador Muhammad Ali.

[2] Entrevista en el Diario.es: https://www.eldiario.es/sociedad/maria-teresa-perez-no-estigmatizar-jovenes-creo-injusto-e-ineficaz_128_6159810.html

[3] Enric Font, director de CEE Vil·la Joana (Barcelona)

Correspondencia con el autor: Mario Izcovich. E-mail: marioizcovich@yahoo.es